

## Banderita roja y gualda

---

Habíamos ganado la guerra. Hace unos días oí comentar que la guerra civil española la habíamos perdido todos. No es verdad. Ciertamente, tras una contienda que dejaba el país en ruinas y había ocasionado un millón de muertos, tenía que haber forzosamente motivos de duelo en ambos bandos. Pero unos la habían perdido y otros la habían ganado. Los que la ganaron lo sabían bien, y los que la perdieron debían de empezar a calibrar, supongo, la magnitud de la catástrofe. Y yo, con mis tres añitos, pertenecía al bando de los vencedores.

Uno de mis primeros recuerdos es ver avanzar a una multitud de soldados por una carretera o por una avenida. Había mucha gente aclamándoles desde ambos lados de la carretera o desde las aceras. Mi padre, que no había pisado la calle desde hacía casi dos años, me sostenía en alto para que viera desfilar a la tropa. Mi madre gritaba el nombre de Franco con un entusiasmo que yo le vería manifestar en muy contadas ocasiones a lo largo de su vida, y siguió un buen trecho a los soldados sin dejar de vitorear y de aplaudir. Era el ejército de los militares rebeldes que entraba en Barcelona, que ocupaba mi ciudad, era un momento trágico, que para unos significaba el fin de toda esperanza, y que otros, los míos, llevaban esperando ansiosos desde hacía meses, pasándose unos a otros noticias y rumores, pegado el oído a la radio, muy baja para que no la oyeran los vecinos, sobre todo, en nuestro caso, porque figuraban entre ellos unas mujeres de la FAI, que, a pesar de que encargaban labores de costura y de punto a las dos hermanas solteras de papá y les aseguraban que no debía preocuparles el futuro porque, cuando terminara la guerra, seguirían dándoles trabajo (seguridad que estremecía de horror a mis jóvenes tías, que no concebían futuro más miserable que seguir trabajando para unas mujeres que, en circunstancias «normales» —o sea las que mis tías consideraban normales—, no habrían rebasado la zona de servicio), nos hubieran denunciado sin vacilar. Pero yo tenía tres años y sólo sabía que había ocurrido algo muy bueno, y que la calle se había llenado de gente, y que todos estaban contentos y gritaban mucho, y que mi madre gritaba más que nadie, y

que también los soldados sonreían y nos saludaban, y uno de ellos me dio al pasar una banderita de papel, roja y amarilla, roja y gualda. Y ni siquiera tengo la certeza de que sea un recuerdo real y no un mero producto de mi imaginación, o un recuerdo basado en un hecho cierto pero modificado por mis fantasías.

Los míos recibían a Franco como a su salvador, y para ellos lo fue. Mi padre, totalmente desinteresado, como muchos otros españoles, de la política hasta el inicio de la guerra, había desertado del frente republicano. Sin duda, porque no eran los suyos, pero también porque, según me contó en una de sus poco frecuentes confidencias, no soportaba la tarea que como médico le habían asignado —acercarse a las víctimas tras los fusilamientos y, si todavía las detectaba con vida, darles el tiro de gracia—, y vivía escondido, sin atreverse siquiera a asomarse a una ventana o a levantar la voz, con el miedo constante a que alguien lo denunciara o a que dieran con él en un registro casual, como habíamos sufrido varios. En uno de aquellos registros, y era curiosamente lo que mi madre menos les perdonaba a los «rojos», se habían llevado todos los botes de leche condensada, con los que a mí, todavía bebé, me alimentaba.

Tampoco mamá, de familia liberal y con un padre masón, se había interesado por la política antes de la guerra, pero a partir de ahí, y al revés que papá, siguió siendo franquista hasta la muerte. Una madre extremadamente tolerante en muchos aspectos y para colmo atea, pero de derechas. Un producto extraño para la época. Algún papel debió de desempeñar en esa historia la leche condensada, porque, al terminar la guerra y las penurias, mi madre, lejos de brindar con champán, se zampó a cucharadas un bote entero de La Lechera, y uno de los ritos familiares de mi infancia y de la de mi hermano era verle preparar botes de leche condensada al baño maría, tan deliciosa o más que el dulce de leche que traerían a España treinta años más tarde los argentinos, y apurarlos luego con goloso deleite. En realidad las habilidades culinarias de mamá —tan dotada para muchas cosas, pero nada interesada por las tareas del hogar— se reducían a preparar este manjar lúdico y trasgresor, y un arroz hervido durante veinte minutos exactos —amante ella de los relojes y fanática de la puntualidad—, sin otro condimento que un puñadito de sal, un generoso chorro de aceite y un par de ajos, echados en el agua ya hirviendo cinco minutos

antes, un arroz capaz de sanar todos los males, incluidos los del alma, y me pregunto si mi hermano, ahora tan fino gourmet, habrá afrontado como yo muchas de las desdichas del humano vivir parapetado tras esos mágicos arroces de la infancia.

Sí es cierto, en cambio, que la guerra había trastornado por entero la vida de todos, de aquellos que la ganaron y de aquellos que la perdieron. Huyendo de los bombardeos que castigaban el centro de la ciudad, mis padres se habían refugiado en un piso que ocupaba junto al monasterio de Pedralbes —con sus dos hijas solteras, su hermana Tula y una criada, Gregoria— mi abuela paterna, a la que los nietos llamábamos la Abuelita. Todo mujeres, menos mi padre, condenado a la absoluta inactividad, y mujeres, además, incapaces de valerse por sí mismas, mujeres que, salvo la sirvienta, claro, no se habían planteado siquiera la posibilidad de trabajar en otra cosa que no fuera el gobierno de la casa y el cuidado de los hijos, o la mera supervisión del cuidado de los hijos. De modo que nadie salía a la calle a buscarse la vida y pasaban un hambre atroz. Suerte tenían de las vecinas milicianas que les encomendaban trabajo de punto, con las que ignoro lo que ocurrió al terminar la guerra, y de que mis tías (a las que imagino encerradas meses y meses en su habitación, tejiendo jerséis y rebecas) hubieran aprendido algo en las clases de labores del colegio para señoritas.

Ya he contado en alguna de mis novelas que mi madre, la más fina de las princesas del guisante, se negaba a ingerir la bazofia que le servían en la mesa, y estaba rozando el límite de la invisibilidad de puro flaca, cuando consiguieron para ella un huevo de verdad, producto de una de las escasas gallinas supervivientes, y se lo sirvieron con gran pompa y expectación, y entonces mamá, ante el general estupor y la general desaprobación, no fue capaz de tragar ni un bocado. Me pregunto quién se comería al fin aquel huevo memorable, desdeñado por la princesa del guisante.

No deja de ser curioso que, a pesar de la situación en que se encontraban, siguieran disponiendo de una criada, que les servía en el comedor y comía luego ella en la cocina, y con la que sin duda mantenían el mismo trato educado y distante que habían mantenido siempre con el servicio, y que seguirían

manteniendo con la propia Gregoria durante un montón de años, hasta que, demasiado anciana para ser útil en el trabajo, la ingresaron generosamente en un asilo —eran muy caritativos, y sobre todo muy religiosos, los miembros de la familia de mi padre—, del que la sacaban el día de su santo o de Navidad. Ignoro por qué les siguió haciendo de criada en pleno torbellino revolucionario y si les quedó muy agradecida por haberle resuelto así la vejez, en una época muy distinta de la actual, en la que sobraba espacio en los grandes pisos del Ensanche y no se mandaba a ningún ser querido a un asilo. Claro que, por mucho que dijeran que Gregoria era como de la familia, no dejaba de ser más que una criada. Otro dato curioso durante el curso de la contienda es que mi abuela —la Abuelita—, ferviente religiosa, pero ante todo enormemente soberbia y obstinada, se negara a quitarse las medallas y transitase por las calles con ellas al cuello hasta el último día, y que nunca le ocurriera nada.

Todo un personaje mi abuela Teresa, a la que mi madre —de familia más que acomodada pero que no figuraba en la lista de apellidos ilustres de la ciudad, hija de un padre liberal, lectora incansable, incluso de libros prohibidos por la Iglesia, de más que dudosa religiosidad y de gustos e ideas en absoluto convencionales— no parecía en absoluto el modelo ideal para su hijo. Claro que —ya he dicho que la guerra les cambió a todos— tampoco debieron de gustarle las muchachas con las que otros dos de sus hijos se vieron comprometidos durante la contienda —lo mismo ocurriría con un hermano de mamá, Víctor, que merece en este libro un capítulo aparte—, y que en circunstancias normales jamás hubieran ingresado en el clan de los Tusquets. Matrimonios morganáticos que —dado que sólo en mi familia hubo tres casos— debieron de abundar. Mujeres de clase social inferior, a menudo con buenas relaciones en el bando republicano, o al menos a salvo de toda sospecha de fascismo, que tuvieron a hombres como mis tíos escondidos en sus casas, les sacaron de la cárcel o incluso les salvaron la vida.

Pero estos matrimonios desiguales habían perdido, incluso para mi abuela, la importancia que pudieran tener anteriormente, no sólo porque la brutalidad del choque entre las dos Españas la había enfrentado a horrores que ni en la peor de sus pesadillas pudo imaginar, sino porque la había herido muy de cerca: los dos hermanos más jóvenes de papá —Jaime, que era abogado, y

Manuel, estudiante de Medicina— habían tomado las armas el 18 de julio, para intentar defender la ciudad de las «hordas marxistas», y no habían regresado. Al parecer murieron en combate la misma madrugada del día siguiente, en Montjuïc. No sé hasta qué punto se sintió Juan, el mayor de los hermanos, sacerdote muy comprometido con la rebelión militar, que seguramente los había adoctrinado (adoctrinamiento que mi padre no había recibido o al que se había mostrado impermeable), responsable de estas muertes, ni en qué momento las daría su madre por un hecho, renunciando a la esperanza de que reaparecieran sus hijos con vida. Nunca se hacían comentarios sobre la cuestión, nunca oí hablar de aquellos pobres muchachos en las por otra parte poco frecuentes reuniones familiares. Creo que mi cristianísima abuela no perdió en ningún momento una entereza que tal vez fuera admirable y que a mí, en cuanto tuve uso de razón, me pareció monstruosa.

Por otra parte, hay que reconocer que los Tusquets nunca se pusieron medallas ni sacaron ventajas de estas muertes, como habrían podido perfectamente hacerlo y como tantísima gente lo hizo. Dos hermanos lanzándose voluntariamente a la calle el 18 de julio y muriendo para apoyar el alzamiento de los militares contra la República era algo que tenía mucho peso. Sólo se sacó, que yo sepa, un beneficio de ello, y muy curioso. Dieciocho años más tarde, cuando (inesperadamente y por razones que explicaré en su momento) me hice falangista, papá quiso hacerme un regalo de Reyes especial, y en la carta que escribió a Pilar Primo de Rivera pidiéndole para mí una felicitación navideña de su puño y letra, sacaba a relucir la muerte de sus hermanos. Ella la envió, y creo que aún la conservo.

Todavía hubo en nuestra familia más muertes: al marido de tía Teresa, Emilio Blay, un ingeniero que los Tusquets se habían resistido a aceptar por su humilde origen y que trabajaba como empleado en una fábrica, acudieron a protegerlo, contaba mi tía, los obreros de la empresa, pero otros de empresa ajena, que no le conocían, se les habían adelantado ya, se lo habían llevado, y mi tía, con los que la acompañaban, encontraron el cadáver pocas horas después. Quedaba viuda, sin recursos y con dos niños muy pequeños, uno de ellos aquejado de un defecto físico.

Ganaríamos la guerra, pero habíamos pagado, y no creo que fuéramos una excepción entre los vencedores, un precio muy elevado.

Gran parte de la familia de mi padre —entre ellos tío Juan, el sacerdote— había logrado salir de la zona republicana y se había refugiado en Burgos. Mi madre, siempre malévola, ironizaba sobre mi tío, que, disfrazado de civil (también ella y mis tías, por otra parte, intentaban disfrazarse de obreras con mejor o peor fortuna), ocultaba como podía su coronilla sacerdotal, y, habituado al uso de la sotana, se cogía las perneras de los pantalones cuando subía una escalera. Que conociera esos detalles me hace suponer que Preston, el historiador inglés que ha estudiado el personaje de mi tío, lleva razón al decir que lo tuvimos unos días escondido en nuestra casa.

Por raro que parezca, o por raro que sea, yo pasé los primeros años de mi vida, bastantes años, convencida de que la guerra civil española (que la calificaran de «Alzamiento» debería haberme sacado inmediatamente de mi error) la habían iniciado los «rojos», rebelándose contra la legítima autoridad de los nuestros. Nadie me lo explicó así, nadie me mintió, pero lo di por sentado: pura cuestión de lógica.

En aquel piso de Pedralbes, donde todos, menos yo, se morían de hambre; donde todos, menos yo, pasaban un miedo atroz; donde mi padre no se atrevía a levantar la voz ni a asomar la cabeza a una ventana, y se angustiaba ante su impotencia para aliviar nuestra situación; donde mi abuela —que veía con malos ojos a mi madre— se obstinaba en salir a la calle con su repertorio de medallas de oro al cuello; donde mi madre —a la que mi abuela no le gustaba y a la que sus cuñadas, encerradas a todas horas en sus habitaciones, tricotando a solas, en lugar de hacerlo en la sala, le parecían, como quizá todos los Tusquets, bichos raros— se desesperaba por tener que vivir en una casa ajena donde para colmo no se sentía aceptada, y por las interminables horas de mortal aburrimiento; en aquel piso de Pedralbes, desde que nos instalamos en él, momento del que no guardo memoria, hasta el día, del que tal vez guardo una memoria adulterada, en que el soldado me dio a su paso por la avenida una banderita roja y gualda, yo fui extraordinariamente feliz. Creo que fue la única etapa feliz de mi primera infancia.

## Final de etapa

---

En las oficinas de Madrid me habían informado mal respecto a la convalidación de asignaturas. Yo había dejado dos pendientes, porque con dos pendientes pasabas curso, pero, cuando fui a matricularme en Barcelona, resultó que las que había cursado en Madrid y aquí no figuraban en el plan de estudios no se con-validaban con las que se daban aquí. Había que repetir curso.

Papá me llevó a cenar a un restaurante, mano a mano los dos, y me preguntó cuáles eran mis planes, qué iba a hacer yo él próximo año. Quedé helada. Mis padres no se habían metido nunca en mis estudios, casi ni sabían qué era exactamente lo que estudiaba y no daban importancia a que fueran las notas mejores o peores. Pero entendí de pronto que un suspenso, y no digamos la pérdida de un curso, no entraba en sus previsiones. Oscar cursaría la carrera de Arquitectura sin un solo tropiezo y trabajaría con uno de nuestros mejores arquitectos, Federico Correa, desde segundo curso. Mi padre me miraba ahora sin entender que su hija pudiera no aprobar, como no había entendido años atrás que su hija pudiera llegar cinco minutos tarde a un autocar y tener esperando a cien compañeros de viaje. Me alegré de que mis debilidades, mis adicciones absurdas, mi escasa fuerza de voluntad, me hicieran capaz de entenderlo casi todo. Cuanto más lejos me sentía de la perfección, mayores eran mi tolerancia y mi capacidad de comprender a los demás.

Aseguré a mi padre que aquello no se iba a repetir, y, como las asignaturas que me quedaban de primero de Historia eran sólo tres y fáciles, me matriculé en Pedagogía. Lo cual significa que, aunque seguía pensando que mis únicas vocaciones eran el teatro o la literatura, no desechaba la posibilidad de recurrir a la enseñanza como medio de ganarme la vida. Fue al empezar Pedagogía cuando vi con frecuencia a tío Juan, y me propuso que fuera un par de tardes a ayudarlo en su casa. Allí escuché las conversaciones telefónicas — debieron de ser tres o cuatro, y no sé si con la misma persona— en que se negaba a suministrar ningún tipo de información sobre presuntos sospechosos.

Ahora vivía solo con la Abuelita y, a media tarde, hacíamos un descanso y tomábamos los tres el té, en unas tazas chinas de porcelana que me encantaban. Cuando deshicieron el piso para trasladarse a una residencia y me preguntaron qué quería como recuerdo, elegí aquellas tazas.

A mi regreso a Barcelona volví a ver a José, y comprobé lo que ya sabía: que había dejado de estar enamorada de él. Por otra parte, durante los últimos meses, no sólo mi actitud ante la Iglesia Católica se había vuelto todavía más crítica que en el pasado —consideraba siniestra su actuación a lo largo de la historia, no estaba dispuesta a asumir una posición neutral: estaba abiertamente en contra—, sino que se me fue haciendo más y más difícil creer en lo que constituía el núcleo de la religión: la existencia de un dios personal y de una vida posterior a la muerte. Los creyentes dirían que perdí la fe. Pues sí, era esto, perdí la fe, y, a pesar de que la vida sin fe era más dura, no lo lamentaba.

Aquel curso tuve, paradójicamente, una participación mayor en el SEU y en Falange. En el SEU monté un ciclo de lecturas (Lorca, Alberti y Casona, tres autores prohibidos en España, que a nosotros nos autorizaban, pensé, porque consideraban que éramos de los suyos y que, tras dos o tres chiquilladas más, volveríamos al redil, del mismo modo que en El Escorial habían permitido que, después de lanzar las gorras al aire y darle la espalda al Generalísimo, subiéramos tranquilamente al tren) e intervine en alguna representación del TEU (Teatro Español Universitario). Di clases de Historia y de Literatura en el Instituto de la Mujer, que dependía de Sección Femenina, donde también daba clases Mercedes y de donde la echaron al terminar el curso. Y —ésta fue mi actuación política más destacada dentro de Falange, y me resultó, sobre todo en ese momento, cuando empezaba a dudar de que fuera cierto lo que explicaba, muy desagradable— di clases de Formación del Espíritu Nacional en dos colegios, uno de monjas y el otro la Academia Pérez Iborra.

La Universidad de Barcelona estaba al rojo vivo.

Los disturbios eran cada vez más frecuentes. La policía amenazaba con entrar en el recinto universitario. Mis mejores amigos de antes —antes de Begur y de Madrid— no habían entendido mi ingreso en Falange, tan inesperado: unos

seguían confiando en mí y otros no. Uno de los más amigos, Ramón Conde, me invitó a una reunión clandestina, y yo no supe hasta treinta años más tarde que hubo poco después una redada y que le habían reprochado que me hubiera llevado, pues se sospechaba que podía ser yo quien les había denunciado. Todos militaban en la izquierda. Y yo también. Pero ¿qué izquierda era la mía? ¿Unos muchachos bravucones que presumían por los bares con la pistola al cinto? ¿Unos falangistas de la vieja guardia, que criticaban a Franco e incluso le consideraban un traidor, pero que, llegado el momento de la verdad, de una real confrontación, nunca se alinearían en el bando de los estudiantes y de los obreros? ¿Las mujeres de Sección Femenina, algunas estupendas, la parte sin duda más honesta del «movimiento», que seguían obstinadas en que debía empezarse por la revolución moral y el resto nos sería dado por añadidura? ¿Qué partido de izquierdas iba a estar dispuesto a colaborar con nosotros? Y ¿de verdad las soluciones que proponía José Antonio para los problemas políticos, económicos y sociales eran tan extraordinarias? Lo cierto era que muchas de las mujeres de más valía se habían salido; otras, como Mercedes, Celia o yo misma, seguíamos por sentimentalismo, porque aún no habíamos perdido del todo la esperanza, por no ver clara una alternativa. La mayoría seguía sin plantearse nada y porque era su medio de vida, y no resultaba fácil, a partir de cierta edad y con un título emitido por Falange, encontrar trabajo en otro lado.

Así las cosas, se decidió, supongo que a propuesta de Sección Femenina, crear en un albergue del Pirineo de Huesca un curso mixto para universitarios. Era la primera vez que se hacía, y parecía un proyecto muy audaz. Chicos y chicas durmiendo juntos en un mismo edificio y sin ninguna persona mayor que los controlase, podía ocurrir cualquier cosa... Y sí ocurrió, pero no lo que temían. Eligieron con cuidado a los participantes y me pidieron que yo fuera. Por una vez se fiaban de mí.

Y fui. Al borde del desencanto, pero fui. El lugar era, como siempre, hermosísimo, y los chicos y chicas —procedían de toda España y yo no conocía a nadie— parecían simpáticos y deseosos de pasarlo bien. El tercer día organizaron una excursión y decidí no ir. Estaba leyendo en la sala, cuando, a punto ya de marcharse todos, pasó el jefe por allí. Era un chico como los demás, no mucho mayor que yo. «¿Qué haces aquí?», preguntó, ya enfadado. Le

expliqué que no me encontraba muy bien y que iba a quedarme en el albergue. Se puso bravo. «Claro que vas a ir. Es obligatorio. Levántate ahora mismo.» Y yo me levanté, pero dije. «No.» «¿Qué?» «Que no voy.» Perdió los estribos: «Pues si no vas, lárgate hoy mismo del albergue.» «Ya sabes que no pasa por aquí ningún autocar hasta mañana por la mañana, me iré mañana.» «No, tú decidirás qué haces, pero si no vienes a la excursión te largas hoy.»

Ni aunque hubiera tenido que volver a pie a mi casa habría participado yo en la excursión. Hacía mucho tiempo que nadie me daba órdenes en aquel tono ni me trataba con tan malos modos. Y había tenido que ser un chico de mi edad, un camarada. Yo no pasaría aquella noche en el albergue, no me encontraría allí cuando volviera. Si era preciso, dormiría bajo un árbol. Reuní mis cosas y fui llamando a las puertas del pueblo, que era pequeñísimo, hasta que en una de las casas me dijeron que sí me podían alquilar una habitación. La pagué por adelantado, pedí que me despertaran temprano para no perder el autocar, advertí que no dejaran entrar a nadie y me encerré con llave en la habitación.

Cuando volvieron de la excursión y vieron que me había ido del albergue, me buscaron hasta localizar la casa donde estaba. El albergue entero se congregó bajo mi ventana y me pidió que volviera, que no tuviera en cuenta las palabras impremeditadas del jefe, que era el primero en lamentar lo ocurrido y desear mi regreso, y que volviera con ellos. Les di las gracias desde arriba y respondí que no, que ya estaba acostada, que era mejor dejar las cosas como estaban. Insistieron varias veces, y luego se marcharon.

Estuve despierta toda la noche, por miedo en parte a que se olvidaran de llamarme y perder el autocar. Y allí, en el silencio total de un pueblecito perdido en las montañas de Huesca, terminó una etapa de mi vida. Creo que había alcanzado una pizca de madurez, quizá la única cantidad de madurez de la que soy capaz. Me había aceptado a mí misma. No iba a seguir lamentándome por no ser la mujer que mi madre hubiera deseado como hija, ni tal vez la que yo misma hubiera querido ser. Eso ya no importaba demasiado, porque sabía que, siendo como era, había sido muy amada y sería muy amada en el futuro, y era la aceptación de otros la que hacía que yo me aceptara también. La vida me había dado unas cartas determinadas, y habría que jugarlas lo mejor posible. Me sabía

capaz de bajezas, mezquindades, cobardías, adicciones, de pecar de pensamiento, palabra y obra, no sólo contra la ética, sino, y era peor, contra la estética, y esto me obligaba a ser tolerante y comprensiva con los demás. Sabía que el catolicismo no era el camino, sabía que Falange no era el camino. Sabía que, al menos para mí, no había un camino. Y era mejor así. Estaría siempre en contra de la Iglesia, pero algo había aprendido en los Evangelios, algo había aprendido de Cristo, y no iba a olvidarlo, estaba para siempre dentro de mí. Que el hombre fuera portador de valores eternos y la patria una unidad de destino en lo universal me dejaba indiferente, y estaba claro que la línea más corta entre dos puntos no pasa ni mucho menos por las estrellas, y tal vez fue un error afiliarme a Falange, porque buscábamos una quimera, la Falange revolucionaria y de izquierdas, que no tenía, como cualquier otra quimera, posibilidad de existir en otro lugar que en nuestra imaginación. Y yo hubiera debido saberlo, o al menos descubrirlo antes. Pero, aunque hubiera podido ser en otros ámbitos, fue en Begur donde despertó mi conciencia política, donde medí la magnitud de la injusticia que llenaba el mundo, y acepté para siempre la parte de responsabilidad que en ella me correspondía.

Supe, aquella noche insomne, que nunca volvería a afiliarme a un partido, a tener un carné (de hecho no lo había tenido nunca de Falange y, cuando me lo enviaron, sin que lo pidiera, del PSUC, lo metí sin firmar en un cajón, a pesar de que les votaba y pagaba una cuota mensual, y tampoco me apunté nunca a un partido feminista determinado), que reivindicaba mi derecho, como intelectual, a tomar ante cada situación, ante cada conflicto, la conclusión que me pareciera acertada, sin someterme a la política de grupo. Decidí que no era exacto ese eslogan según el cual la verdad es siempre revolucionaria. A veces puede no ser-lo, pero, séalo o no, hay que aceptarla y sacarla a la luz.

Supe definitivamente, aquella noche, que, si bien no era cierto que la guerra civil la habían perdido todos, porque a la vista estaba que unos la habían ganado (y lo sabían bien) y otros la habían perdido (y nadie iba a permitirles ignorarlo ni olvidarlo), yo, hija de los vencedores, a pesar de haber gozado de todos sus privilegios y todas sus ventajas, pertenecía al bando de los vencidos.